La vida en tándem

# La vida en tándem

Basi Dieste Aísa

Círculo Rojo
EDITORIAL

La vida en tándem

Primera edición: Julio 2023

Depósito legal: AL 1651-2023

ISBN: 978-84-1189-404-3

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo
Ilustración de la portada: Elena Nadal Dieste

© Del texto: Basi Dieste Aísa
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo
Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.
Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

A l'Àngels, pels ensurts i les rialles.

# Prólogo

Por Clara do Roxo

Basi Dieste Aísa no es una recién llegada a la literatura, aunque *La vida en tándem* sea su primer libro de relatos. Esta autora trae bajo el brazo una experiencia lectora, una formación de escritura creativa y, sobre todo, la necesidad de contar historias que brotan de su imaginación y no quiere detener. Ella no lee al azar, selecciona las lecturas y sus preferencias se decantan hacia el relato corto. También su narrativa prefiere la brevedad para llegar con precisión al núcleo de las historias.

La curiosidad la lleva a documentarse, aportando los detalles precisos sin detenerse en adornos innecesarios. Utiliza un lenguaje claro y directo, sencillo, pero no simple. Entre líneas puede entenderse el uso del subtexto, de lo no contado, para que el lector pueda dibujar en su mente la historia completa, hasta transportarlo al núcleo del relato.

Cumple decir que domina la estructura narrativa y explora técnicas y narradores adecuándolos a las historias que quiere transmitir. Conoce las herramientas del oficio y dota de ingenio y profundidad a los relatos. Merece la pena destacar la construcción de los personajes que animan a empatizar con ellos y a identificarse con sus aventuras.

Especial talento tiene Basi para la prosopopeya. Esta obra incluye numerosos relatos donde muestra un dominio de

este recurso lindando la excelencia; los personajes se presentan con naturalidad y consigue que lector/a los acepte como reales. Es una marca propia, una forma de narrar en la que se siente cómoda.

La autora llega hasta el lector/a a través de las emociones, de los sentidos y de la experiencia, porque es una escritora con sus cimientos asentados en situaciones arquetípicas que pueden sobrevivir en cualquier lugar o época y, sobre todo, en ese espacio interior en el que se remueven los sentimientos. Lo consigue sin edulcorar, mediante la tensión narrativa que se percibe como un eco de lo que las historias callan.

Sus relatos hablan sobre el amor, el rencor, la amistad… En ocasiones aflora un tono mordaz que esconde una ironía y una crítica hacia la doblez humana en la sociedad actual; otras, escribe solo para disfrutar con la sorprendente unión de una pareja imposible o filosofa sobre la existencia misma, el futuro, la tecnología o las interacciones entre la fantasía y la realidad.

*La vida en Tándem* es una obra para leer con las fronteras de la imaginación bien abiertas, sin tapias ni diques que frenen la lectura de los relatos.

# Secretos

Pol llegó a casa con el ánimo por los suelos; se cortó una rebanada de pan y un poco de queso y lavó una manzana; lo puso todo en un plato y se lo llevó al dormitorio. Hojeó el periódico mientras cenaba. Aunque no sentía la más mínima curiosidad por saber qué sucedía en el mundo, fue pasando las hojas, hasta que las letras bailaron sobre el papel y le rebotaron en los ojos. Apagó la luz y se escondió entre las sábanas. Notó el insomnio revoloteando por la oscuridad, sin ninguna intención de posarse sobre su cabeza. No lograba ajustarse al colchón y las piernas, puro plomo. Vueltas y más vueltas. Le pasaba a menudo desde que María trabajaba en el turno de noche, él no sabía muy bien por qué. Además, le dolía la cabeza. Se masajeó las sienes. Entonces recordó cuando jugaba con su hermana a intercambiar las cabezas de las muñecas. Las quitaba y las ponía con agilidad; disfrutaba lanzándolas como pelotas o colocándolas al revés para que ella se enfadara. Le encantaba hacerla rabiar. Y evocando la niñez, se refugió en su secreto y se durmió.

Nunca le había comentado a María nada sobre sus dificultades para conciliar el sueño ni su técnica personal para controlarlo, porque si dormían juntos, él era una marmota. De hecho, solo le escondía ese secreto. Cuando empezaron a convivir, Pol se esforzó para habituarse al orden estricto de ella. Antes, nunca cerraba el tubo de la pasta de dientes, ni emparejaba los calcetines para guardarlos en el cajón, ni

ponía el vaso usado dentro del lavavajillas… «Puras meneces», pensaba. Pero después de veinte años estaba más que adaptado a casi todo. De adolescente, cuando el desasosiego lo hacía trizas, se recomponía viéndola subir la escalinata del colegio. Allí la descubrió: justo cuando ella giraba el primer rellano y la falda plisada del uniforme se acampanaba: las piernas le robaron el alma. Únicas y perfectas. Un placer mirarlas. Entonces se imaginaba el gozo de acariciarlas. Pero estaba tan embobado que pasó aquel curso apoyado en el pilar de la barandilla mirando hacia arriba, sin atreverse a liberar el deseo. Un deseo que se escondía entre los apuntes y las miradas. Hasta que al final del verano, aquellas piernas aparecieron nadando en la piscina municipal, y Pol se tiró y la abrazó, sin más ni más.

La conocía bien y era evidente que ella se enojaría si supiera que él, desorganizado por naturaleza y costumbre, tenía una manía extraña y poco habitual; inexplicable para María, tan preocupada por la higiene y la salud. Estaba convencido de que mantener aquel secreto era el mejor remedio para continuar una relación armoniosa. Según Pol, para María la sinceridad era una virtud demasiado sobrevalorada. Para él, la intimidad era un derecho fundamental y su secreto formaba parte de esta. Era estúpido revelárselo.

A la mañana siguiente, cuando sonó el despertador, Pol aprovechó los cinco minutos de margen para holgazanear en la cama. Después se levantó, se dio una ducha relámpago y voló hacia el trabajo. Caminó ligeramente y llegó al despacho con tiempo suficiente para hacerse un café. Cuando el chorro amargo comenzó a llenar la taza, se dio cuenta de que no percibía el aroma y reaccionó. Quiso actuar con rapidez, pero no consiguió embastar las ideas y no supo qué hacer: era incapaz de pensar. Se sentó y cogió la taza con las dos

manos, esperando que el calor, por sí mismo, lo ayudara a decidir. Estaba atrapado.

Mientras tanto, el giro de la llave en la cerradura de la puerta de la casa despertó el secreto que descansaba relajado. Era María. El miedo se apoderó del cerebro y gotas diminutas empezaron a resbalarle por la frente. «Estará cansada, seguro, y dentro de nada una retahíla de reproches malsonantes inundará la casa», pensó con los ojos y las mandíbulas agarrotadas. En su interior, una idea insistente: «¿Podrá perdonarme María?».

Ella entró en la habitación y colgó la chaqueta en el armario. De repente, fijó la mirada en la mesita y la vio: «¡Lo que me faltaba!», susurró con fastidio. Cogió la cabeza con delicadeza y una toalla limpia y la puso en la bolsa de la compra. Salió a la calle un tanto preocupada, sin poder imaginarse qué le habría destrozado los nervios aquel día a Pol para llegar a aquello.

«Nunca lo entenderé; estoy hasta el moño, ¿cómo no me di cuenta antes?; de joven ya era raro, muy raro. Y me decía que yo era una maniática del orden, ¡pues anda que él!, lo es de todo, menos del orden. Esa mirada que pone cuando…, ¡no la aguanto!, me da grima. No, no estoy dispuesta a disimular y envolverla más como una carnicera y, encima, estoy obligada a guardar el secreto, ¡soy incapaz de explicárselo a nadie!, ¿quién puede creerse lo que hace?, si lo dijera, la loca sería yo. Nada, que ahora que los hijos campan a su aire, que he conseguido el turno de noche y que mi jefe me tiene una consideración especial, no estaría mal darme un respiro, además, siempre lo he querido hacer, y ese secreto es buena justificación, no para los demás, pero sí para él y para mí. Total, el piso de mis padres está vacío, me podría instalar allí de momento y si me funciona…».

A medida que María se dejaba llevar por los pensamientos iba acelerando el paso, hasta que llegó al despacho de Pol. Sacó las llaves del bolso y abrió con sigilo. Allí estaba él: sentado, con los brazos apoyados en la mesa, cogiendo una taza de café frío.

Ella la desenvolvió, secó el sudor de la frente con mimo y se la puso entre sus manos. Él se apresuró a colocársela mientras se dejaba abrazar por la cintura con afecto. María le dio un beso dulce en la nuca y le dijo en tono resignado: «Mira que dejarte la cabeza en casa hoy, justo hoy, que acabo de salir de una guardia y tengo que ir al súper».

# La mujer del cuadro

El cuadro cuelga frente a la butaca granate: preside la sala. Una marina con un callejón empedrado de casas encaladas; al fondo, la bahía donde los pescadores locales atracan las barcas. El pequeño malecón protege la callejuela en los temporales y una barandilla de hierro incita a contemplar el mar, a la vez que avisa del peligro de zambullirse en el agua. Allí está ella, una mujer vestida de blanco, descalza y con las manos apoyadas en la baranda, frente al mar y de espaldas a miradas indiscretas. La luz del cuadro rejuvenece la sala y da un toque de alegría a los muebles oscuros de madera. A Ester, la propietaria, el cuadro se lo regalaron sus padres cuando acabó el bachillerato. Lo compraron en el mercadillo a un pintor que vendía las obras directamente. Le tiene un cariño especial y cuando se casó se lo trajo con ella. Le costó elegir dónde colgarlo, quería verlo bien desde la butaca en la que se acomoda al volver del trabajo.

Un día duro para Ester, está cansada. Su jefe le pidió que acabara un informe, justo a la hora de marchar, y ha salido tarde. No lo soporta. Llega a casa, coge una cerveza para relajarse y le cuenta a la mujer del cuadro cómo ha pasado el día. Ester la admira. Aunque no ve su cara, se la imagina de expresión serena y relajada. Una persona que escucha sin interrumpir, sin aconsejar, sin reclamar la atención. La que la ayuda a resistir en el caos doméstico. Las amigas, algunas